

UN RETRATO DE LA OBRA DE CRISTO

UN RETRATO DE LA OBRA DE CRISTO



TEOLOGÍA PARA VIVIR

Fe y Palabra

*La causa de la justificación y el objeto de la fe
justificadora*

THOMAS GOODWIN

IMPRESO EN LIMA, PERÚ

UN RETRATO DE LA OBRA DE CRISTO

Autor: ©Thomas Goodwin

Traducción: Juan M. Londoño

Revisión de traducción: Juan M. Londoño

Diseño de cubierta: Angela García-Naranjo

Revisión de estilo y lenguaje: Jaime D. Caballero

Editor: Jaime D. Caballero

Título original:

Thomas Goodwin, *Christ set forth, in his death, resurrection, ascension, sitting at god's right hand, intercession, as the cause of justification, object of justifying faith* (London: 1642).

Editado por:

©TEOLOGIPARAVIVIR.S.A.C

José de Rivadeneyra 610. Urb. Santa Catalina, La Victoria.

Lima, Perú.

ventas@teologiaparavivir.com

<https://www.facebook.com/teologiaparavivir/>

www.teologiaparavivir.com

Primera edición: Setiembre del 2023

Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú, N°: 2023-08750

ISBN Tapa Blanda: 978-612-xxxx-xx-x

Se terminó de imprimir en Setiembre del 2023 en:

ALEPH IMPRESIONES S.R.L.

Jr. Risso 580, Lince

Lima, Perú.

Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial. Las citas bíblicas fueron tomadas de las versiones *Reina Valera* de 1960, y de la *Nueva Biblia de los Hispanos*, salvo indique lo contrario en alguna de ellas.

TABLA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN A LA VERSIÓN EN ESPAÑOL.....	1
<i>Reseña biográfica de Thomas Goodwin (1600-1680)</i>	<i>1</i>
<i>Contexto histórico y político.....</i>	<i>3</i>
<i>Importancia del contexto histórico</i>	<i>6</i>
<i>Temas teológicos principales</i>	<i>8</i>
<i>Sobre esta edición</i>	<i>23</i>
UN RETRATO DE LA OBRA DE CRISTO.....	25
PREFACIO ORIGINAL	27
§1. CRISTO: EJEMPLO Y OBJETO DE LA FE QUE JUSTIFICA	35
1. CRISTO COMO EL EJEMPLO SUPREMO DE FE	35
<i>a. Cristo, ejemplo de fe.....</i>	<i>36</i>
<i>b. Aplicación: El mayor estímulo para creer</i>	<i>40</i>
2. CRISTO: FUNDAMENTO DE LA FE Y CAUSA DE LA JUSTIFICACIÓN	44
3. GUÍAS PARA IR A CRISTO COMO OBJETO DE LA FE.....	46
<i>a. En comisión conjunta con Dios Padre</i>	<i>47</i>
<i>b. En oposición a nuestra humillación, gracias o deberes.....</i>	<i>50</i>
<i>c. No solo las promesas de perdón</i>	<i>51</i>
§2. CRISTO: OBJETO Y SOPORTE DE LA FE PARA LA JUSTIFICACIÓN EN SU MUERTE.....	57
1. EL CRISTO MORIBUNDO.....	58
<i>a. Miremos a Cristo crucificado</i>	<i>58</i>
<i>b. Mira la intención de Cristo en el sufrimiento</i>	<i>63</i>
2. CÓMO LA MUERTE DE CRISTO PARA LA JUSTIFICACIÓN APOYA LA FE	69
<i>a. El valor supremo de Cristo, nuestra justicia</i>	<i>72</i>
<i>b. La obra de Cristo está a la altura de cualquier circunstancia.</i>	<i>73</i>
§3. LA FE APOYADA EN LA RESURRECCIÓN DE CRISTO	79
1. CÓMO LA RESURRECCIÓN DE CRISTO APOYA LA FE	79

<i>a. Satisface nuestra fe el hecho de que Dios mismo esté satisfecho</i>	80
<i>b. Nos libra de la muerte</i>	81
2. UNA DOBLE RELACIÓN CON DIOS	83
<i>a. Definición de lo que es un fiador</i>	84
<i>b. Definición de lo que es una persona común</i>	84
3. PRUEBAS DE FE EN LA RESURRECCIÓN DE CRISTO	86
<i>a. Cómo Cristo se convirtió en nuestro fiador</i>	87
<i>b. ¿Cómo podemos estar seguros de que Dios nos cobrará nuestra deuda?</i>	91
4. CÓMO INFLUYE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO EN NUESTRA JUSTIFICACIÓN (I)	93
<i>a. Todos los hombres en dos: Adán y Cristo</i>	94
<i>b. La similitud entre Adán y Cristo como personas comunes y representantes</i>	95
<i>c. Lo que Cristo hizo, lo hizo por nosotros</i>	98
<i>d. En su resurrección</i>	102
5. DE QUÉ MANERA INFLUYE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO EN NUESTRA JUSTIFICACIÓN (II)	104
<i>a. Cristo fue justificado en su resurrección</i>	105
<i>b. Cristo: las “primicias”</i>	111
6. ¿CUÁNDO SOMOS JUSTIFICAMOS?	115
<i>a. Fuimos justificados cuando Cristo resucitó</i>	115
<i>b. La justificación de los elegidos en Cristo a través de su muerte y resurrección</i>	118
7. LA JUSTIFICACIÓN SELLADA EN EL BAUTISMO	121
<i>a. La aspiración de una buena conciencia</i>	122
<i>b. El uso práctico de la resurrección de Cristo para la fe</i>	124

§4. LA FE SE APOYA EN LA ASCENSIÓN DE CRISTO Y EN QUE ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS 127

1. “MUCHO MÁS SEREMOS SALVOS POR SU VIDA”	127
2. ASCENDIÓ AL CIELO	131
<i>a. Su último acto: Bendijo a todos sus elegidos</i>	131
<i>b. Deja que tu fe triunfe en el triunfo de él</i>	134
<i>c. Entró en el cielo como un conquistador</i>	137
3. SE SIENTA A LA DIESTRA DE DIOS	139
<i>a. Ha hecho perfectamente su trabajo</i>	141
<i>b. Dios está infinitamente satisfecho con él</i>	142

4. LO QUE LA ASCENSIÓN DE CRISTO REALIZA EN LA SALVACIÓN DE LOS CREYENTES.....	143
<i>a. Él prepara un lugar para nosotros.....</i>	144
<i>b. Somos tan buenos como si ya estuviéramos en el cielo.....</i>	145
5. LO QUE LA EXALTACIÓN DE CRISTO LOGRA EN LA SALVACIÓN DEL CREYENTE	147
<i>a. Las prerrogativas de sentarse a la diestra de Dios.....</i>	148
<i>b. Cristo se sienta como cabeza por nosotros.....</i>	151
§5. EL TRIUNFO DE LA FE POR LA INTERCESIÓN DE CRISTO	155
1. LA INTERCESIÓN DE CRISTO POR NUESTRA SALVACIÓN	155
2. LA INTERCESIÓN COMO PARTE DEL SACERDOCIO DE CRISTO	157
<i>a. Una parte de su sacerdocio</i>	158
<i>b. Una parte necesaria de su sacerdocio</i>	161
<i>c. La parte más excelente de su sacerdocio.....</i>	163
3. POR QUÉ LA INTERCESIÓN DE CRISTO INFLUYE EN NUESTRA JUSTIFICACIÓN	167
<i>a. Es lo que más glorifica a Dios.....</i>	168
<i>b. Hace que nuestra salvación sea segura y firme</i>	173
<i>c. Todo esto da honor y gloria a Cristo.....</i>	183
4. LA SEGURIDAD QUE LA INTERCESIÓN DE CRISTO DA A LA FE.	186
<i>a. A modo de evidencia</i>	186
5. LA GRANDEZA DE CRISTO HACE QUE SU INTERCESIÓN PREVALEZCA	196
<i>b. La grandeza de Cristo como intercesor ante el Padre.....</i>	197
6. LA CAUSA JUSTA DE CRISTO SIGNIFICA QUE SU INTERCESIÓN PREVALECE	207
<i>a. Su sangre habla de cosas mejores.....</i>	209
<i>b. El propio Cristo secunda el grito de su sangre</i>	212
7. EL PADRE NO NEGARÁ NADA A CRISTO.....	215
8. CRISTO INTERCEDE ANTE UN PADRE BONDADOSO	223
<i>a. Su padre.....</i>	225
9. LA INTERCESIÓN DE CRISTO ANTE NUESTRO PADRE	229
<i>b. Nuestro Padre.....</i>	229
10. ALIENTOS PARA EL CREYENTE MÁS DÉBIL	236
<i>a. Una definición de la fe</i>	237
<i>b. Alientos a la fe</i>	238



THOMAS GOODWIN (1600-1680)

por Robert White (1645-1703)

UN RETRATO DE LA OBRA DE CRISTO

INTRODUCCIÓN A LA VERSIÓN EN ESPAÑOL

JAIME D. CABALLERO

Reseña biográfica de Thomas Goodwin (1600-1680)

Thomas Goodwin (1600-1680), nacido en Rollesby, Norfolk, el 5 de octubre de 1600, y conocido como “el Anciano”, fue un destacado teólogo y predicador puritano inglés. Goodwin tuvo un papel fundamental en el desarrollo del pensamiento puritano durante el siglo XVII, y su influencia trascendió la esfera teológica, extendiéndose a la política y la educación en Inglaterra.

Desde joven, Goodwin mostró un profundo interés en la teología. Comenzó sus estudios en la Universidad de Cambridge en agosto de 1613 y se graduó con un B.A. en 1616 en el Christ's College de Cambridge. Su interés en el puritanismo se vio alimentado por figuras como John Rogers (1570-1636) de Dedham, a quien Goodwin admiraba tanto que viajó 35 millas desde Cambridge solo para escucharlo predicar. Esta temprana influencia cimentó su compromiso con el puritanismo y moldeó su trayectoria futura.

No obstante, sus firmes convicciones puritanas le generaron tensiones. Preocupado por las actitudes de su obispo, un ardiente

seguidor de William Laud (1573-1645), Goodwin decidió renunciar a sus cargos y abandonar la universidad en 1634, convirtiéndose en Congregacionista. Esta decisión lo llevó a vivir en Londres, donde se casó y eventualmente, debido a las dificultades para con los puritanos, se exilió a Holanda en 1639. Durante su estancia en Holanda, se desempeñó como pastor de una pequeña congregación de comerciantes y refugiados ingleses en Arnhem.

A su regreso a Inglaterra, coincidiendo con el inicio del Parlamento Largo (1640-1660), Goodwin se unió al Paved Alley Church en Lime Street. Su habilidad como predicador y su erudición teológica lo llevaron a ser seleccionado como miembro de la Asamblea de Westminster en 1643. A lo largo de su participación, se alineó con el partido Congregacionista y se convirtió en uno de los autores de *An Apologeticall Narration* [Una narración apologética].

Sus servicios no se limitaron a la esfera religiosa. Fue nombrado presidente del Magdalen College en Oxford en 1650 por el Parlamento y ocupó el cargo hasta la Restauración de la Monarquía en 1660. Durante la década de 1650, Goodwin también fue asesor cercano de Oliver Cromwell (1599-1658), sirviendo como su capellán. Su relación con Cromwell fue tan cercana que estuvo presente en su lecho de muerte. Además, Goodwin, junto con John Owen (1616-1683), lideró el comité que redactó la Declaración de Savoy en 1658, una versión modificada de la Confesión de Westminster.

Más allá de su rol político y religioso, Goodwin fue un prolífico escritor. Durante su vida, publicó numerosos sermones y tratados teológicos. Su obra *El corazón de Cristo en el cielo hacia los pecadores en la tierra* de 1645 es particularmente popular. A pesar de la persecución y los desafíos, Goodwin

continuó su labor teológica y pastoral hasta su muerte en 1680, siendo enterrado en el cementerio de Bunhill Fields. Sin duda, Thomas Goodwin dejó una marca indeleble en la historia del puritanismo inglés y el pensamiento religioso independiente.

Contexto histórico y político

La publicación de *Un retrato de la obra de Cristo*¹ en 1642 por Thomas Goodwin no fue un mero accidente cronológico, sino que estaba inextricablemente ligada al convulso contexto político y religioso que se vivía en Inglaterra en ese momento. Para comprender plenamente la relevancia y el impacto de esta obra, es esencial adentrarse en la compleja telaraña de conflictos, tensiones y cambios que caracterizaron la Inglaterra de 1640 a 1642.

La década de 1640 en Inglaterra fue testigo de una profunda crisis que enfrentó al monarca Carlos I y al Parlamento, así como a diversas facciones religiosas. Durante su reinado, Carlos I enfrentó desacuerdos constantes con el Parlamento. Estas tensiones se originaron principalmente por cuestiones de financiación, la distribución de poder y la tolerancia religiosa. La percepción de que el rey favorecía la religión católica, además de sus intentos de imponer reformas litúrgicas en Escocia, avivó las llamas de estas tensiones. Esta confrontación sentó las bases para el conflicto que se desarrollaría posteriormente, teniendo repercusiones políticas y religiosas que desestabilizaron el reino.

La Reforma protestante del siglo XVI había establecido a la Iglesia de Inglaterra como una entidad separada de la Iglesia

¹ El título "Una exposición de Cristo" ha sido adaptado a "Un retrato de la obra de Cristo".

Católica Romana. Sin embargo, las tensiones entre los puritanos (que buscaban una mayor “purificación” de la iglesia de prácticas que consideraban “papistas”) y aquellos que favorecían una forma de religión más tradicional y ceremonial estaban a punto de estallar.

Carlos I, con su esposa católica Henrietta Maria (1609-1669) y su cercanía a prácticas litúrgicas de carácter “alto”, generó desconfianza entre los puritanos. Carlos I, en un intento por estandarizar las prácticas religiosas, trató de imponer el Libro de Oración Común en Escocia. Esta decisión fue vista como una imposición y provocó la Rebelión de los Obispos, un rechazo directo a la autoridad real en asuntos religiosos. Como respuesta, los escoceses firmaron el Pacto Nacional Escocés en 1638, marcando una clara resistencia a las imposiciones religiosas del rey. Estos eventos reflejan las tensiones religiosas en juego y cómo las decisiones del monarca sobre cuestiones religiosas podían tener amplias repercusiones políticas.

Junto con los problemas religiosos, Carlos I enfrentó desafíos políticos. Su decisión de gobernar sin el Parlamento durante once años (1629-1640), conocido como el “Gobierno Personal”, y su dependencia de medios financieros cuestionables desencadenaron una fuerte animosidad entre el Parlamento y Carlos I. El corto Parlamento de abril a mayo de 1640 no logró resolver estas tensiones. Sin embargo, el Largo Parlamento, que comenzó en noviembre de 1640, buscó limitar el poder monárquico y abordar las preocupaciones religiosas.

La situación llegó a un punto crítico en enero de 1642, cuando Carlos I intentó arrestar a cinco miembros del Parlamento, acusándolos de traición. El 4 de enero de 1642, Carlos I tomó una medida sin precedentes al entrar en la Cámara de los Comunes con un grupo de soldados para arrestar a cinco

miembros: John Pym, John Hampden, Denzil Holles, William Strode y Sir Arthur Haselrig. Estos parlamentarios eran conocidos por su oposición al reinado de Carlos y, según el monarca, eran culpables de traición.

Sin embargo, el intento fue fallido. Informados con antelación, los cinco miembros habían huido. Además, este acto fue percibido como una grave violación de los privilegios del Parlamento. Tradicionalmente, el monarca no debía interferir directamente en los asuntos de la Cámara, y mucho menos con una fuerza armada. El hecho de que Carlos I decidiera hacerlo reflejaba su desesperación y su percepción de que el Parlamento se estaba volviendo una amenaza real a la monarquía.

Esta acción intensificó las tensiones a un punto de no retorno. Muchos consideran este intento de arresto como uno de los detonantes directos de la Primera Guerra Civil Inglesa. En los meses siguientes, el país se dividió entre los lealistas, que apoyaban a Carlos I, y los parlamentarios, que buscaban limitar el poder monárquico y proteger los derechos del Parlamento.

En medio de este turbulento panorama, Thomas Goodwin publica *Un retrato de la obra de Cristo*. Es posible que la obra buscara ofrecer un consuelo y guía espiritual en tiempos de incertidumbre. En un período en que las divisiones políticas y religiosas amenazaban con desgarrar la nación, Goodwin intentó centrar la atención en el fundamento de la fe cristiana, alejándose de las discusiones políticas y religiosas hacia la figura central del cristianismo: Cristo. En un momento en que las divisiones religiosas amenazaban con desgarrar la nación, Goodwin intentó centrar la atención en el fundamento de la fe, alejándose de las discusiones secundarias y conflictivas sobre la liturgia y la estructura eclesiástica hacia lo que era lo central de la religión cristiana.

Importancia del contexto histórico

La literatura teológica es siempre un reflejo de su tiempo, y para comprender cualquier obra incluso de manera parcial, es crucial situarla en el contexto histórico en la que fue creada.

Interpretar una obra considerando su contexto histórico es esencial. Ignorar este aspecto puede llevar no solo a malentendidos sobre los temas centrales de la obra, sino también a una aplicación errónea de estos. Esta situación se observa en Latinoamérica, donde cada vez se traducen más textos históricos al español. Si bien algunas de estas traducciones son adecuadas, otras dejan mucho que desear. Sin embargo, son escasas las que hacen un esfuerzo genuino por contextualizar correctamente estas obras en su marco histórico, teológico y político.

En el caso de *Un retrato de la obra de Cristo* de Thomas Goodwin, este entramado es especialmente intrincado, puesto que la obra es tanto un producto de su tiempo como un intento de trascenderlo. La Inglaterra de 1640 a 1642 no fue para los débiles de corazón. La política y la religión estaban marcadas por desafíos y conflictos. En este escenario de luchas religiosas y de poder, emerge la figura de Thomas Goodwin, intentando arrojar luz sobre lo que él considera esencial: la figura de Cristo. Lo que es particularmente interesante es cómo los temas que aborda Goodwin se alinean y se oponen al telón de fondo de esta agitación político-religiosa.

Uno de los temas más evidentes de *Un retrato de la obra de Cristo* es el de Cristo como el ejemplo y objeto de fe. En un tiempo de divisiones religiosas profundas, Goodwin sugiere que es en la figura de Cristo donde todos los cristianos, independientemente de sus diferencias políticas, pueden encontrar un terreno común. Este enfoque puede verse como una

respuesta directa al conflicto que lo rodea, un intento de centrar la discusión religiosa en lo que verdaderamente importa en lugar de perderse en las divisiones sectarias; y de comenzar a trazar bordes o límites con respecto a la toleración religiosa no con la eclesiología de manera primaria, sino con la cristología. Esto no significa de ninguna manera que los distintivos eclesiológicos – como el de congregacional, presbiteriano o episcopal – carezcan de importancia, no debe ser la base primaria para juzgar la piedad y el cristianismo de un creyente o iglesia.

Además, la atención de Goodwin a la muerte y resurrección de Cristo como fundamentos de la justificación también se puede ver en contraposición a las luchas políticas y religiosas de la época. Al centrarse en estos eventos cruciales del cristianismo, Goodwin intenta proporcionar una base sólida para la fe en un período marcado por la incertidumbre y el conflicto.

Otro tema de la obra es la ascensión y exaltación de Cristo. En un momento en que la autoridad del monarca estaba siendo desafiada y el poder terrenal estaba en juego, Goodwin destaca la autoridad celestial de Cristo. Hay un Rey Soberano que esta por encima de cualquier rey terrenal. Su exaltación, al sentarse a la diestra de Dios, representa un poder que va más allá de los conflictos terrenales. Es una afirmación de la permanencia y estabilidad de la autoridad divina en un momento de turbulencia política, así como un contraste entre el reinado de Cristo, y el de Carlos I.

Sin embargo, quizás el tema más relevante de *Un retrato de la obra de Cristo* en relación con el contexto es la intercesión de Cristo. En tiempos de crisis, la idea de que Cristo intercede continuamente por los creyentes ofrecería un profundo consuelo. Además, sirve como un recordatorio de que, aunque las

instituciones terrenales pueden fallar o entrar en conflicto, la intercesión de Cristo es constante y confiable.

El contraste entre el caos de la Inglaterra del siglo XVII y la estabilidad y seguridad que Goodwin encuentra en Cristo es evidente a lo largo de la obra. Este contrapunto entre el entorno político y religioso y los temas teológicos abordados por Goodwin es lo que le da a *Un retrato de la obra de Cristo* su poder y relevancia, no solo para su tiempo, sino también para el nuestro. En última instancia, Goodwin utiliza su teología como una respuesta al conflicto y la incertidumbre que lo rodea, ofreciendo a sus lectores una visión de esperanza y estabilidad en tiempos de crisis.

En conclusión, *Un retrato de la obra de Cristo* es una obra que no puede ser desligada de su contexto histórico. Es una respuesta directa a las tensiones y conflictos de su tiempo, y los temas que aborda reflejan las preocupaciones y esperanzas de una nación en crisis. A través de su profunda exploración de la figura de Cristo, Goodwin no solo ofrece una profunda meditación teológica, sino también un comentario sobre su tiempo, demostrando la inextricable relación entre la historia y la teología.

Temas teológicos principales

El magistral trabajo de Thomas Goodwin, *Un retrato de la obra de Cristo* es una profunda meditación sobre el papel central de la obra de Cristo en la teología cristiana. A través de su análisis, Goodwin presenta una amplia variedad de perspectivas sobre la figura de Cristo, desde su función ejemplar en la fe hasta la relevancia de su muerte, resurrección y ascensión. A

continuación, exploraremos brevemente los temas clave que Goodwin aborda en su obra.²

Interpretación de Calcedonia

El Catecismo Menor de Westminster (P. 21) nos brinda un resumen conciso sobre la figura de Cristo:

El único Redentor de los elegidos de Dios es el Señor Jesucristo [Jn. 14:6]. Él, al ser el Hijo eterno de Dios [Sal. 2:7], tomó forma humana [Isa. 9:6]. Por lo tanto, permanece como Dios y hombre con dos naturalezas distintas, pero siendo una sola persona, eternamente [Hechos 1:11].

Aunque esta afirmación es indiscutiblemente cierta, no hay nada en ella que todo cristiano ortodoxo la aceptaría. Sin embargo, es evidente a través de la historia que las declaraciones sobre Cristo (una persona con dos naturalezas) no siempre fueron fáciles, incluso para los pensadores cristianos ortodoxos.

Los conflictos teológicos llevaron a la creación del Concilio de Calcedonia en 451 d.C., culminando en el Credo Calcedonio. Hay quienes sostienen que Calcedonia solucionó el debate sobre la interpretación ortodoxa de Cristo. Sin embargo, podría ser que ni la escuela Alejandrina ni la Antioquena estuvieran completamente contentas con el resultado. En la literatura académica, aún hay desacuerdo sobre qué escuela prevaleció. Se puede identificar en el documento elementos tanto de los Alejandrinos, quienes enfatizaban la unidad y

² La sección a continuación ha sido adoptada de: Mark Jones, "A Primer in Reformed Christology", en *Christ Set Forth and the Heart of Christ Towards Sinners on the earth* (Ross-shire, Great Britain: Christian Focus Publications, 2011), 19-29.

divinidad de Cristo, como de los Antioquenos, que resaltaban la diferenciación de sus naturalezas.

La escuela Alejandrina, liderada por Cirilo, corría el riesgo de caer en la herejía de Eutiquio, que comprometía la integridad de las dos naturalezas de Cristo. Por otro lado, los Antioquenos podían incurrir en la herejía de Nestorio, amenazando la unidad de la figura de Cristo. Esta situación se complica aún más cuando vemos que incluso el mismo Nestorio, buscando enfatizar la unidad de Cristo, aceptaba a María como 'Madre de Dios', como Cirilo había defendido apasionadamente. Por otro lado, Cirilo a veces se expresaba de manera que parecía alinearse más con los Antioquenos que con los Alejandrinos.

Más allá de estos detalles históricos, tanto el Credo como los documentos de Westminster coinciden en que Cristo tiene dos naturalezas en una sola persona. El desafío radica en entender cómo estas dos naturalezas coexisten en un solo ser. La pregunta clave es: ¿Asociamos a esta persona con el Logos, como proponía Cirilo, o con la figura completa de Cristo, según lo planteado por Calvino?

Trayectorias de la Cristología Occidental

Centrándonos en la Cristología de la Iglesia Occidental, esta siempre ha hecho una distinción entre las dos naturalezas de Cristo. Se dice que Cristo es *homoousios* (de la misma sustancia) tanto con la humanidad como con Dios. No obstante, distintas tradiciones en la Iglesia Occidental han interpretado la relación entre estas dos naturalezas de diversas maneras.

Por un lado, los teólogos católicos romanos generalmente creen que debido a la unión hipostática, Cristo tuvo, desde su nacimiento, una visión directa y completa de Dios. Esto implica

que Cristo no se guió por la fe, sino que siempre tuvo un conocimiento directo de Dios. Desde el momento de su encarnación, se le concedieron todos los dones que se le otorgarían. Por otro lado, los teólogos luteranos adoptaron una perspectiva diferente, quizás más radical. Si bien coincidieron con los católicos sobre el otorgamiento de gracias durante la encarnación, también creían que a la naturaleza humana de Cristo se le comunicaron atributos divinos. Una interpretación avanzada de esta visión luterana sostiene que esta comunicación de atributos es solo en un sentido: desde la divinidad hacia la humanidad, y no al revés. Sin embargo, tanto los teólogos católicos como luteranos exaltan la naturaleza humana de Cristo de tal manera que se dificulta explicar su desarrollo humano natural. Esto lleva a la idea de que los estados de humillación y exaltación de Cristo son meras apariencias, no realidades.

Los teólogos Reformados han mostrado resistencia a ciertos aspectos de las visiones tanto católica romana como luterana. Esta resistencia se origina en el principio Reformado de que lo finito no puede comprender lo infinito (*finitum non capax infiniti*). Frente a las posturas luteranas, los Reformados sostienen que la humanidad finita de Cristo no puede recibir atributos infinitos, como la omnipresencia o la omnisciencia. A pesar de la unión con la divinidad, la humanidad de Cristo tiene sus límites. Incluso en su estado glorificado, la naturaleza humana de Cristo sigue siendo distinta de la divina y no puede abarcar completamente lo divino. Para la ortodoxia Reformada, es crucial mantener la integridad de la humanidad de Cristo, tanto en la Tierra como en el Cielo. Los luteranos introdujeron el término “el extra calvinista” (*extra Calvinisticum*) para denotar la postura Reformada de que el Verbo, aunque unido, no está completamente contenido dentro de la humanidad de Cristo.

Por ende, las discusiones en torno a la Cena del Señor se vuelven, en esencia, debates centrados en la Cristología.

La perspectiva reformada sobre la Cristología

Dentro de la teología reformada, se pone especial énfasis en mantener la integridad de las dos naturalezas de Cristo. Esto se debe a la creencia fundamental de que la esencia divina es intransmisible. A pesar de que Cristo es considerado el reflejo perfecto de Dios —siendo la manifestación palpable del Dios invisible— su naturaleza humana se mantiene limitada o finita. Los detractores de esta interpretación reformada han tildado esta perspectiva de acercarse al nestorianismo. Por ello, era crucial para los teólogos reformados recalcar que, a pesar de las dos naturalezas distintas, Cristo existe como una única persona. En este contexto, se enseña que el Hijo de Dios no adoptó a una persona humana, sino a una naturaleza humana. Esta adopción de una naturaleza humana por el Verbo (*Logos*) se denomina *anhypostasis* o impersonalidad, indicando que esta naturaleza humana solo adquiere existencia en la persona del Logos. Así, la naturaleza humana de Cristo es únicamente *enhypostatica*, lo que significa que solo adquiere su característica personal al momento de la encarnación, cuando el Logos asume esta naturaleza. En resumen, es la persona del Logos la que “personaliza” (*hypostatiza*) la naturaleza humana.

Los teólogos de la escuela de Alejandría, con Cirilo como figura representativa, defendían que la verdadera identidad de la persona es el Logos. Por lo tanto, en esta perspectiva, es el Logos quien se encarga de todas las acciones realizadas a través de la naturaleza humana. Esta postura trae consigo ciertos dilemas, sobre todo en relación con cómo se conserva la

integridad de la humanidad de Cristo. Se presenta la cuestión: ¿cómo se puede asegurar que Cristo tuvo experiencias genuinamente humanas? Asimismo, se complica la coherencia al intentar asignar sufrimiento al Logos, cuando al mismo tiempo se sostiene la impassibilidad de lo divino. Debido a estas complicaciones, los teólogos reformados prefieren utilizar el término “persona” al referirse a Cristo con sus dos naturalezas, en lugar de solo hablar del Logos. La encarnación, en esta visión, representa una persona “compuesta”, reflejando las dualidades inherentes en Jesucristo, el Dios hecho hombre.

La perspectiva reformada sobre la persona y obra de Cristo

Los teólogos reformados han construido su comprensión de la persona de Cristo basándose en la idea de la “comunicación de propiedades” (*communicatio idiomatum*) y la “comunicación de operaciones” (*communicatio operationum*). Ambas frases ilustran la naturaleza dual de Cristo realizando su obra divina y humana. La Confesión de Fe de Westminster lo articula así:

Cristo, en la obra de mediación, actúa según ambas naturalezas, con cada naturaleza haciendo lo que le es propio; sin embargo, debido a la unidad de la persona, lo que es propio de una naturaleza a veces en las Escrituras se atribuye a la persona denominada por la otra naturaleza (8.7).

La interpretación reformada no ve a la naturaleza humana de Cristo como un mero instrumento a través del cual opera la divinidad. En cambio, el Dios-hombre actúa en virtud de ambas naturalezas. Esta comprensión chocó con ciertas

interpretaciones católicas romanas que sostenían que Cristo llevaba a cabo sus actos mediadores únicamente en su naturaleza humana. Contra teólogos como Robert Bellarmine, los reformados argumentaron que si solo la humanidad de Cristo tuviera ese papel mediador, cualquier otro humano podría haberlo hecho. La clave para los teólogos reformados era anclar ambas naturalezas de Cristo en una única persona, negando cualquier insinuación de que su obra mediadora fuera la de un mero ser humano. En su lugar, sostuvieron que la obra mediadora de Cristo era la del Dios-hombre, Jesucristo.

Este entendimiento da luz sobre versos como Hechos 20:28, que menciona a la iglesia redimida por la “sangre de Dios”. Aunque es teológicamente imposible que la naturaleza divina de Cristo sufra o muera, los teólogos reformados, gracias al principio de comunicación de propiedades, pudieron afirmar que en la cruz Dios murió. Si bien es esencial reconocer a Cristo en su totalidad como Dios y hombre, se debe distinguir entre sus dos naturalezas.

En resumen, la Cristología Reformada se distingue notablemente de las interpretaciones católica y luterana respecto a la persona de Cristo. Aunque muchos pueden encontrar la descripción anterior razonable y no controversial, es interesante notar cómo dentro de la tradición puritana, figuras como John Owen (1616-1683) y Thomas Goodwin (1600-1680), desarrollaron énfasis singulares sobre el papel del Espíritu Santo que parecían divergir de otros teólogos reformados.

El papel del Espíritu Santo en la Cristología

A menudo, los cristianos creen que Jesús pudo hacer milagros simplemente porque era Dios. Y aunque hay verdad en ello, si

decimos que la divinidad de Cristo actuaba a través de su humanidad para realizar milagros, enfrentamos un conflicto. Específicamente, ¿cómo explicamos los múltiples pasajes bíblicos que describen el rol del Espíritu Santo en la vida de Jesús? Este es un dilema que Cirilo no pudo resolver adecuadamente. Al decir que el Logos (la Palabra) era el único que actuaba directamente en la naturaleza humana de Jesús, Cirilo hizo parecer que la intervención del Espíritu Santo en la vida de Jesús no tenía propósito. Aun teólogos del siglo XVII, como los socinianos, identificaron este conflicto en las concepciones cristológicas tradicionales de Cristo. Así que, uno se pregunta, ¿por qué se otorgó el Espíritu Santo a Jesús?

Las explicaciones católicas romanas y luteranas no logran dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta. En realidad, su entendimiento de cómo las dos naturalezas de Cristo interactúan no clarifica por qué Jesús recibió el Espíritu Santo en abundancia.

Aquí es donde la cristología de John Owen brilla con luz propia. Mientras que otros teólogos no pudieron explicar adecuadamente el papel esencial del Espíritu Santo en la vida de Jesús, Owen presentó una perspectiva novedosa. Estaba decidido a preservar la integridad de ambas naturalezas de Jesús. Sostenía que la única intervención directa de la divinidad sobre la humanidad de Jesús fue al asumir esa naturaleza humana. Todos los demás actos, como los milagros, se realizaron por el poder del Espíritu Santo y no directamente por su divinidad. Esto significa que no era la naturaleza divina de Cristo la que actuaba directamente debido a su unión con la humanidad, sino que era el Espíritu Santo el que intervenía entre ambas. La forma convencional de entender los milagros de Cristo ha sido argumentar que los realiza en virtud de su propia naturaleza

divina. Thomas Goodwin, aunque no fue tan detallado en su exposición como Owen, estuvo de acuerdo en que el Espíritu Santo era la fuente de las habilidades milagrosas de Jesús. Según esta visión, el Espíritu Santo elevó la humanidad de Jesús por encima de las capacidades humanas normales. Este enfoque, además de preservar la humanidad de Jesús, responde a muchas preguntas planteadas por los estudiosos de la Biblia.

La dualidad de Cristo y el papel esencial del Espíritu Santo

Algunos creyentes han llegado a pensar que la divinidad de Cristo reemplaza su alma, sugiriendo así que su divinidad toma el lugar de su esencia humana. Aunque esta perspectiva podría surgir de buenas intenciones, no es acertada. Cristo era un hombre en toda su plenitud y, por ende, tenía un alma racional que dictaba sus acciones morales. Esto implica que Jesucristo poseía una autoconciencia genuinamente humana. Mientras algunos podrían pensar que la identidad del Hijo es esa autoconciencia, los teólogos reformados nos recuerdan que la personalidad no es una acción, sino la naturaleza o modo de ser de algo. Es crucial entender que la humanidad de Cristo, incluyendo tanto su cuerpo como su alma, no se diluye ni se subsume en su naturaleza divina. Por eso, su humanidad requería del Espíritu Santo para relacionarse íntimamente con Dios.

Este entendimiento de la naturaleza dual de Cristo tiene significativas consecuencias para la iglesia contemporánea. Personalmente he observado que muchos cristianos comprometidos, aquellos que asisten fielmente a la iglesia, tienden a percibir a Cristo como si fuera un “superhombre”. La

persistencia de visiones similares al arrianismo refleja la complejidad de comprender a Jesús como totalmente divino y a la vez totalmente humano. Aunque Goodwin, en *El corazón de Cristo en el cielo hacia los pecadores en la tierra*, enfatiza la importancia de reconocer la divinidad de Cristo, también resalta la relevancia de su humanidad. Su auténtica humanidad es tan fundamental como su divinidad, especialmente en su papel mediador.

Durante su tiempo en la tierra, el Espíritu Santo fue el compañero constante de Cristo. En cada evento crucial de su vida, el Espíritu Santo desempeñó un papel protagonista. El Espíritu estuvo presente desde el comienzo, siendo la fuerza divina detrás de la encarnación (Luc. 1:35; Mat. 1:18, 20). Tal como Isaías profetizó sobre el Mesías lleno del Espíritu (Isa. 42:1; 61:1), el Nuevo Testamento reitera esta idea, subrayando cómo Cristo recibió el Espíritu en plenitud (Juan 3:34). Durante su bautismo, el Espíritu se manifestó sobre Él (Mat. 3:16) y fue fundamental durante su tentación (Luc. 4:1). En el mismo capítulo de Lucas, Jesús se identifica como el cumplimiento de la profecía de Isaías (Luc. 4:18). Todos los milagros de Cristo fueron realizados a través del poder del Espíritu Santo (Mat. 12:18; Hech. 10:38). En Hebreos 9:14, se sugiere que Jesús se sacrificó no por su propia voluntad, sino impulsado por el Espíritu Santo. Tanto su muerte como su resurrección son atribuidas al Espíritu Santo (Rom. 8:11; Rom. 1:4, 1 Tim. 3:16; 1 Pet. 3:18). Considerando la presencia constante del Espíritu en la vida terrenal de Cristo, es probable que cuando Cristo oraba a su Padre, lo hiciera a través del poder del Espíritu, aportando un enfoque cristológico a Romanos 8:26–7. La amplia referencia al papel del Espíritu Santo en la vida de Cristo se explica mejor a través de la interpretación reformada.

Entender correctamente la figura de Cristo es esencial. La labor que realizó está estrechamente ligada a quién es. Así, al estudiar la cristología, es necesario analizar tanto la persona como la obra de Cristo. Tal y como se señala en *El Corazón de Cristo en el Cielo*, se destaca la relación intrínseca entre la esencia y las acciones de Cristo. En la cristología reformada, las categorías tradicionales de profeta, sacerdote y rey tienen una relevancia especial. Al igual que no podemos separar a Cristo de su obra, tampoco podemos separar estos roles entre sí. Por ejemplo, cuando hablamos de la redención de Cristo, estamos aludiendo no solo a su papel sacerdotal, donde actúa como un sustituto penal, sino también a su función como rey, en la que vence a Satanás.

En su libro *Un retrato de la obra de Cristo*, Goodwin enfatiza más el papel sacerdotal de Cristo que sus roles de profeta y rey, esto se debe en gran medida a que, durante la época de Goodwin, fue este aspecto de la obra de Cristo el que enfrentó más críticas, especialmente de parte de los socinianos. *Un retrato de la obra de Cristo* es uno de los análisis más exhaustivos que existen sobre la perspectiva reformada del sacerdocio de Cristo, y aborda múltiples doctrinas derivadas de esta labor, como la justificación por fe. Basándose en Romanos 8:34, Goodwin estudia a Cristo desde su muerte, pasando por su resurrección y ascensión, hasta su posición junto a Dios y su intercesión. Estos eventos son como eslabones en una cadena, en la que cada uno se conecta al siguiente. Así, comprender la obra de Cristo implica reconocer su vida, muerte, resurrección, ascensión y su actividad sacerdotal en el cielo en favor de su iglesia.

Considero que muchos creyentes no valoran o entienden completamente la trascendencia de la resurrección, ascensión y

actividad sacerdotal de Cristo. Sin embargo, una lectura detallada de Goodwin puede aclarar y enriquecer esa perspectiva.

La relevancia de la resurrección de Cristo

En la teología reformada, hay principios clave que sostienen que lo que es cierto para Cristo, también lo es para su pueblo y viceversa, aunque hay que considerar algunas excepciones y matices importantes. Por ejemplo, si recibimos alguna bendición, es porque Cristo primero la tuvo. Los seguidores de Cristo son considerados justos porque él mismo era justo. La justificación de los fieles no proviene únicamente de la muerte de Cristo, sino también de su resurrección. Así que, para que los creyentes sean justificados, Cristo tuvo que ser justificado primero (Isa. 50:8). Además, así como los seguidores de Cristo viven por la fe, Cristo también vivió de esa manera. Los creyentes obtienen gracia similar a la de Cristo, y por ende, tienen fe. Pero, como Goodwin menciona en *Un retrato de la obra de Cristo*, aunque Cristo tuvo una fe para ser justificado al igual que sus seguidores, no fue justificado mediante esa fe. Su justicia no dependía de otro, a diferencia de sus seguidores. No obstante, confiaba en que Dios lo justificaría. Esa justificación se concretó en su resurrección, momento en que fue proclamado justo.

La base de la justificación está en la obediencia y muerte de Cristo. Pero, el acto de declarar justos a los fieles está vinculado a la resurrección de Cristo (1 Cor. 15:17; Rom. 4:25). El énfasis de Goodwin en la imputación, es decir, considerar a Cristo como pecador, lleva a la necesidad de la propia justificación de Cristo. Si Cristo fue hecho pecado por nosotros, entonces necesitaba ser

justificado/reivindicado por su vida inmaculada. Goodwin indica que la condenación de Cristo en la cruz culminó con su justificación en su tumba. Con su resurrección, se mostró al mundo que fue absuelto de todos los pecados imputados, mostrando que efectivamente era justo y recibió su reivindicación pública (Isa. 50:10-11; 1 Tim. 3:16).

La justificación de Cristo a través de su resurrección no solo representó su propia reivindicación, sino también la de sus seguidores. Su resurrección es una evidencia de que la redención de Cristo ha sido aceptada en favor de su pueblo. Los teólogos reformados enfatizaron que Cristo no resucitó solo como un individuo, sino representando a todos por quienes murió. De este modo, los elegidos fueron justificados ante Dios en la resurrección de Cristo. Del mismo modo, como fueron justificados junto con él en su justificación, también resucitan con él (Rom. 6). Este mismo principio se aplica a la santificación. Los seguidores de Cristo son santificados porque primero Cristo se santificó (Juan 17:19). Goodwin le dio gran importancia a la resurrección, viéndola como un componente esencial de la obra de Cristo. Sin embargo, reconoció que no era el final de su labor y que la obra de salvación no termina ahí.

La ascensión de Cristo y su posición actual en el cielo

Los expertos en teología reformada han destacado acertadamente la profunda conexión entre la ascensión de Cristo y su resurrección. Ambos eventos, la resurrección y la ascensión, marcan el paso de Cristo de un período de humillación a uno de exaltación. Goodwin señala que antes de iniciar su labor de intercesión en el Cielo, actuando como el sumo sacerdote-rey, la última acción de Cristo en la tierra fue

impartir una bendición sacerdotal. Esta fue la finalidad de su estancia terrenal (Luc. 24:50-51). La bendición otorgada por Cristo es profundamente significativa. Al bendecir a su pueblo, les confirió todas las riquezas espirituales celestiales (Ef. 1:3-4). Esta acción también simbolizó para sus apóstoles el fin de la maldición y la restauración de la comunión divina.

La ascensión de Cristo, que sigue a su muerte y resurrección, se asemeja a una victoria militar: Cristo derrota a sus adversarios y otorga dones a su iglesia. El hecho de que Cristo bendiga a la iglesia en Lucas 24:50-51 indica que se ha instaurado un nuevo orden en la creación. La bendición que Cristo brinda está en sintonía con la primera bendición otorgada a Adán y Eva (Gén. 1:28), y el mensaje de Mateo 28, que insta a “ir y hacer discípulos en todas las naciones”, retoma el llamado original a “ser fructíferos y multiplicarse”.

Sin embargo, la ascensión de Cristo no fue un simple tránsito al Cielo. Entró como un conquistador triunfante, tomando su lugar a la diestra del Padre. Esto simboliza que ha completado su misión y que su acto redentor ha concluido. En esencia, ha trascendido de un estado de humildad a uno de grandeza. Si bien su labor continúa, lo hace desde una posición elevada, actuando como profeta, sacerdote y rey, intercediendo sin cesar junto al Padre.

En su rol de intercesor

Como se menciona previamente, para comprender en su totalidad la labor de Cristo, debemos considerar tanto su trabajo terrenal como su función celestial, siendo esta última esencial y destacada en su papel sacerdotal. Al estar a la derecha de su Padre, Cristo no solo ostenta el poder y la autoridad de un

monarca, sino que continúa ejerciendo su misión de sacerdote (Heb. 8:1). Presentó su sangre en el Cielo y allí intercede con el poder redentor de esa misma sangre (Heb. 9:12, 24). Y, siendo Cristo un sacerdote en la línea de Melquisedec, actúa como un eterno mediador celestial. Su intercesión en el Cielo potencia y valida su labor redentora. Expertos en teología reformada han resaltado que el sacerdocio de Cristo no hubiera tenido efecto si no hubiese ascendido al Cielo para interceder por los elegidos.

Los teólogos reformados, reconociendo la crucial conexión entre la obra de humillación de Cristo y su obra de exaltación, sostienen que la salvación no concluye en la cruz, sino que depende de su mediación celestial. Es más, este aspecto es tan trascendental que muchos teólogos reformados de la post-Reforma consideran que la aplicación de la vida y el sacrificio de Cristo a los creyentes se realiza a través de su intercesión. La muerte de Cristo abrió el camino para la salvación, pero su intercesión garantiza que dicha salvación alcance a su pueblo. La aplicación del acto justificador está más ligada a la intercesión de Cristo que a su resurrección. Por ende, la justificación de los pecadores reposa en la intercesión de Cristo. Goodwin, de hecho, argumenta que la persistencia de la justificación del pueblo de Cristo se basa en la intercesión continua de Cristo, porque esta intercesión es una extensión de su sacrificio. En otras palabras, el poder redentor de su sacrificio se renueva y prevalece constantemente. Esto se refleja en el capítulo once de la Confesión de Fe de Westminster (sec. 5), que establece:

Dios sigue perdonando los pecados de los justificados; y aunque estos no pueden perder su estado de gracia, por sus pecados pueden incurrir en el desagrado divino y perder la

guía de Dios, hasta que reconozcan sus faltas, busquen perdón y renueven su fe y arrepentimiento.

Sobre esta edición

Esta obra corresponde a la obra original, sin abreviar, recortar, resumir, o reducir de ninguna manera, con todas las notas originales del autor, tal y como originalmente fue publicada. El compromiso de la editorial Teología para Vivir es publicar siempre las obras originales tal y como fueron publicadas originalmente. Hemos usado principalmente la edición original publicada en 1642, también hemos consultado otras ediciones modernas del texto.³ La fidelidad de esta edición en español está garantizada a través del uso de la obra original. Esto es poco común en el contexto hispano, donde la vasta mayoría de obras clásicas son resúmenes, o han sido cortadas en partes.

El título original de la obra traducido de manera literal sería “Cristo expuesto”, o “Una exposición de Cristo”. Sin embargo, se optó por la palabra “retrato” por conllevar mejor la idea que Goodwin buscaba transmitir, por eso el título *Un retrato de la obra de Cristo*. Las obras *El corazón de Cristo en el cielo hacia los pecadores en la tierra*,⁴ y *Un retrato de la obra de Cristo*⁵

³ Thomas Goodwin, *Christ set forth, in his death, resurrection, ascension, sitting at god's right hand, intercession, as the cause of justification, object of justifying faith* (London: 1642). Hemos consultado también la edición de James Nichol publicada en 1862, y la de Christian Focus Publications publicada en el 2011, ambas publicadas en Edinburgo, Esocia.

⁴ Thomas Goodwin, *The heart of Christ in heaven towards sinners on Earth, or, A treatise demonstrating the gracious disposition and tender affection of Christ in his humane nature now in glory, unto his members under all sorts of infirmities, either of sin or misery by Tho. Goodwin*. [Treatise demonstrating the gracious disposition and tender affection of Christ.]. London: 1642.

fueron publicados originalmente en dos volúmenes separados pero con la intención de que se leyeran juntos. Hemos respetado la composición original de la obra, y deseo de Goodwin. Este volumen contiene la obra *Un retrato de la obra de Cristo*. La obra *El corazón de Cristo en el cielo hacia los pecadores en la tierra* ha sido publicada recientemente por esta casa editorial.⁶

Los títulos y subtítulos de esta edición han sido añadidos por el editor para facilitar la lectura del texto. Se ha provisto también con traducciones del latín y griego al español en casos donde estos idiomas aparecen, a fin de poder seguir con mayor claridad las ideas de Goodwin, así como decenas de notas de estudio.

Jaime D. Caballero (editor)

*In absentia lucis, tenebrae
vincunt,
et lux in tenebris lucet,
et tenebrae eam non
comprehenderunt.*⁷

⁵ Esto es evidente tanto en la edición de James Nichol como en la Christian Focus Publications, en las cuales las dos obras fueron publicadas en un solo volumen.

⁶ Ver: Thomas Goodwin, *El corazón de Cristo en el cielo hacia los pecadores en la tierra: Un aliento para la fe*, editado por Jaime D. Caballero (Lima, Peru: Teología para Vivir, 2023).

⁷ “En ausencia de la luz, las tinieblas vencen; pero la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron”.

UN RETRATO DE LA OBRA DE CRISTO

Expuesto en su muerte, resurrección,
ascensión, al sentarse a la diestra de Dios, y
en su intercesión;
Como;
la causa de la justificación, y el objeto de la fe
que justifica,
basado en Romanos 8:34

Por
Thomas Goodwin, B.D

Londres, 1642
Impreso por W.E. y F.G

CHRIST SET FORTH

<i>In his</i>	}	Death,	}	<i>As the</i>	}	CAUSE
		Refurrection,				<i>of Iustification.</i>
		Ascension,				OBJECT
		Sitting at Gods				<i>of Iustifying</i>
		right hand,				<i>Faith.</i>
		Intercession,				

Upon ROM. 8. VER. 34.

TOGETHER WITH A TREATISE

DISCOVERING
The Affectionate tenderesse of
CHRISTS HEART now in *Hea-*
ven, unto Sinners on Earth.

By THO: GOODWIN, B.D.



L O N D O N,
Printed by *W. E.* and *F. G.* for *Robert Dowlman.*
M D C X L I I.

PREFACIO ORIGINAL

PARA EL LECTOR

El objetivo de este tratado se explica de manera suficiente en el título y en el índice que le sigue. Aquí, simplemente deseo compartir contigo, de manera breve, mi propósito. Durante mucho tiempo, he notado a muchas almas virtuosas y valiosas que se han entregado plena y decididamente a Cristo, buscando ser salvadas por él y a su manera. Estas almas, en su primera conversión y en momentos de deserción, han depositado su confianza total e inmediata en Cristo para su justificación.

No obstante, a lo largo de su jornada espiritual, tienden a centrarse demasiado en la esencia de Cristo en sus propios corazones, en lugar de centrarse en Cristo mismo. La mayoría de sus pensamientos y sus más profundas intenciones se enfocan en reflexionar y examinar las disposiciones piadosas de sus propios corazones, con el fin de atraer o elevar (como menciona el apóstol en Rom. 10:8) y obtener una visión de Cristo a través de ellos. Sin embargo, Cristo mismo está “cerca de ellos” (como dice el apóstol allí) si decidieran simplemente observarlo directamente a través de pensamientos de fe pura y genuina.

Aunque Dios nos permite el uso de nuestras propias gracias, como signo y evidencia de Cristo en nosotros, y este uso no resta mérito a Cristo siempre y cuando se subordine a la

fe; se vuelve problemático cuando el corazón se obsesiona y reflexiona demasiado tiempo o en exceso sobre ellas, buscando consuelo en ellas, hasta el punto de descuidar a Cristo.

De la misma manera que los placeres legítimos se utilizan de forma ilegítima cuando nuestros pensamientos e intenciones son demasiado prolongados, demasiado frecuentes, o demasiado apasionados en ellos, de manera que adormecen el corazón y nos distraen del deleite presente en Dios o de la búsqueda de él, utilizando todas nuestras fuerzas, como nuestro bien supremo y único: así, un recurrir de manera excesiva a los signos (aunque se les considere simplemente como tales) no es justificable cuando nos distrae y nos aleja de un ejercicio más constante de pensamientos diarios de fe hacia Cristo, tal como él se nos presenta para ser nuestra justicia, ya sea a través de la seguridad (que es una forma de disfrutar de él) o la dependencia y adhesión renovada en la búsqueda de él.

Y, sin embargo, la atención de muchos se centra tanto en sus propios corazones que, (como dice el Salmista respecto a Dios) Cristo “apenas está presente en sus pensamientos”. Pero estos individuos deberían considerar cuán deshonroso es esto para Cristo, que sus seguidores y hábitos favoritos (nuestras gracias) tengan un mayor protagonismo y una mayor atención de nuestros corazones que él mismo, quien es el “Rey de la Gloria”. Del mismo modo, resulta vergonzoso para los propios creyentes, que siendo la esposa de Cristo, solo vean a su esposo de manera indirecta y reflejada, a través de la intervención y la ayuda de sus propias gracias, como mediadores entre él y ellos.

Para corregir este error, la solución no es descartar completamente el uso de tales evidencias, sino organizarlas, tanto en términos de tiempo como de resultado. En cuanto al tiempo, el uso de estas evidencias no debería preceder, sino

seguir siempre a una renovación de la fe y a la manifestación de sus actos en Cristo mismo. Cada vez que deseemos explorar nuestros propios corazones y examinar nuestras virtudes, es fundamental que primero nos aseguremos de desviar nuestra mirada totalmente de nosotros mismos.

Debemos enfocarnos en Cristo, como nuestra justificación y considerar cómo estamos inmediatamente unidos a él. Esta reflexión debe realizarse como si no tuviésemos ninguna virtud presente o pasada que evidencie nuestra conexión con él. Si en ese instante, mientras la fe se aferra de manera directa a Cristo, como si estuviera asentado en su trono de gracia, encontramos que las virtudes presentes o pasadas emergen como sirvientes, entonces estas sirven para ayudar y atestiguar la autenticidad de esta adhesión a Cristo, algo que frecuentemente ocurre después de estos actos singulares y absolutos de fe.

El Espíritu Santo, sin cuya luz nuestras virtudes no brillarían, “da testimonio junto a nuestros espíritus”. Esto significa que nuestras virtudes, así como nuestros espíritus, reciben este testimonio. Posteriormente, respecto al resultado de estas virtudes, si después de todo, dejamos de encontrar consuelo en ellas o en este testimonio de ellas, y comenzamos de nuevo a actuar en la fe hacia Cristo inmediatamente con una fuerza redoblada, esto tiene un propósito. Si actuamos de esta manera, haciendo que estas evidencias sirvan solo a la fe, y considerando a Cristo como el Alfa y Omega, el principio y el fin de todo, esto no desmerecerá en absoluto la gloria de Cristo, ni obstaculizará el desarrollo de la fe en sí misma. Porque a través de este proceso, la vida de fe se mantiene activa y se ejerce plenamente hacia Cristo, únicamente para la justificación.

Aunque muchos cristianos consideran ciertos principios como supuestos o aceptados sin más, raramente los utilizan,

guardándolos para momentos de necesidad. En realidad, se enfocan más en la contemplación y el consuelo de sus propias virtudes y en el ejercicio de estas en sus deberes hacia Cristo. Entre otras muchas razones, atribuyo este fallo en parte a una 'esterilidad' (como la denomina Pedro) “en el conocimiento del Señor Jesucristo” y de los aspectos revelados acerca de él, los cuales podrían ser material para que la fe trabaje y se nutra. También a una falta de destreza para (mientras los hombres carecen de certeza), adaptar y poner al servicio de una fe de mera adhesión todas aquellas cosas que conocen y escuchan acerca de Cristo como nuestra justificación.

Se trata de un asunto de gran dificultad en la experiencia, aunque ciertamente factible y alcanzable, que una fe que solo puede confiar y apoyarse en Cristo para la justificación, pueda comprender correctamente y hacer uso de todo lo que se dice o puede decirse de Cristo, de su papel como justicia para nosotros, en su muerte, resurrección, etc. Esto para estimular y fortalecerse en estos actos de mera adhesión, hasta que llegue la certeza en sí misma, para cuyo uso y disfrute todas las verdades se presentan de manera más clara y directa.

Todas estas verdades actúan como un viento favorable para la certeza de la fe, llenando sus velas y llevándola con una brisa más plena y constante (como indica la palabra utilizada por el apóstol para la certeza), mientras que para la fe de un humilde recostado, estas verdades sirven solo como un viento lateral que mueve el barco. Sin embargo, mediante la habilidad, las velas de tal fe pueden ser giradas y orientadas hacia este viento, de manera que pueden llevar un alma con mucha tranquilidad y facilidad hacia Cristo, el puerto deseado, a pesar de que mientras tanto espera una brisa más justa y plena de certeza al final.

En cuanto a ayudar a los creyentes en este último aspecto, es decir, en el uso de tal habilidad, no es directamente el propósito de este tratado. He reservado esa parte (si Dios me asiste y me da tiempo, y este trabajo es aceptado) para otro tratado sobre los actos de la fe justificadora [cf. *Acts of Justifying Faith*], donde este arte ahora mencionado es el enfoque principal.

En este trabajo, mi objetivo ha sido presentar a Cristo a todos los creyentes. Esto aplica tanto para aquellos que tienen plena confianza en su fe como para los que aún buscan esa seguridad. La intención es mostrar a Cristo como el objeto central de nuestra fe que nos justifica y como la causa directa de nuestra justificación. Este trabajo lo ofrezco como una introducción y preparación para uno futuro que tengo planeado.

Para cumplir con este propósito, he revisado algunos elementos fundamentales de nuestra fe o credo. Me basé en la forma en que los encontré reunidos por el gran Apóstol Cristo Jesús, con respecto a aspectos de Cristo en su muerte, resurrección, ascensión, su posición sentado a la diestra de Dios y su papel intercesor. Me he centrado en estos temas solo en la medida en que, a través de todos ellos, se nos presenta la justificación. Con esto, he buscado respetar fielmente el propósito original del Apóstol.

A través de todo esto, te invito a observar la abundante provisión que Dios ha preparado en Cristo para la justificación. Esto es para que todos los creyentes puedan aprovecharla en su vida diaria. Todo en Cristo, ya sea lo que él fue o lo que hizo, nos transmite un mensaje de justificación con una sola voz. Además, puedes ver que Dios nos ha justificado repetidamente a través de Cristo, a partir de esto, puedes entender por qué no deberías permitir que tu corazón se desvíe hacia otros

consoladores. De esta manera, evitaras ser privado de estas provisiones que están preparadas de manera más inmediata y reservadas para nosotros en la figura de Cristo.

En este modesto trabajo, no he tenido la oportunidad de explorar todas las reflexiones que la obediencia de Cristo hasta su muerte ofrece para la justificación del creyente y su confort en esta. Esto habría provocado que dicha sección fuera demasiado desproporcionada en comparación con las demás. Este tema por sí mismo merece, e incluso demandará, un estudio separado, el cual he organizado de manera distinta. Por lo tanto, en este escrito solo he abordado aquello que considero suficiente por el momento para enriquecer esta sección, permitiéndole mantenerse al nivel de las demás.

No obstante, cuando presenté a Cristo desde su muerte, resurrección y ascensión, hasta su lugar en el cielo, donde realiza esa gran parte de su sacerdocio, la obra de intercesión, consideré apropiado y coherente con todos estos aspectos, y conducente para el mayor estímulo de los creyentes en el ejercicio de su fe, agregar ese otro estudio a este: *Cómo el corazón de Cristo, ahora en el cielo, se siente conmovido por nosotros, los pecadores aquí en la tierra.*⁸ No conozco mejor manera (teniendo en cuenta el argumento en sí, si hubiera podido representarlo por completo) de presentar un esposo a su esposa, que una auténtica representación del corazón de su esposo, ahora que él está en gloria. Y, si no fuera por una

⁸ Esta obra a la que Goodwin hace referencia aquí consiste en la primera parte de este volumen traducido con el título "El corazón de Cristo en el cielo hacia los pecadores en la tierra". Ambas obras, "Una exposición de Cristo" y "El corazón de Cristo en el cielo hacia los pecadores en la tierra" fueron publicadas en dos tratados diferentes, pero, como lo menciona Goodwin en su prefacio, son una unidad y deben ser leídos de manera conjunta. Esta es la razón por la que en la edición en español se han publicado de manera conjunta.

cuestión de método, lo habría situado en primer lugar, ya que se adapta mejor a las capacidades generales, cuyo beneficio persigo.

Reconozco que en ese discurso no me he esforzado por ceñirme tan estrictamente solo al tema de la justificación, como lo hice en el otro anteriormente mencionado [cf. *Acts of Justifying Faith*]; más bien, lo he tratado de manera más general, mostrando cómo su corazón se inclina hacia nosotros, bajo todo tipo de debilidades, ya sean de pecado o de miseria, aunque también se aplica al tema de la justificación.

¡Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo nos conceda, conforme a las riquezas de su gloria, que Cristo pueda habitar en nuestros corazones por la fe, y que podamos conocer el amor de Cristo, que supera todo entendimiento! Amén.

THOMAS GOODWIN

34 LA CAUSA DE LA JUSTIFICACIÓN Y EL OBJETO DE
LA FE JUSTIFICADORA

§1. CRISTO: EJEMPLO Y OBJETO DE LA FE QUE JUSTIFICA

¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.

(Romanos 8:34).

1. Cristo como el ejemplo supremo de fe

El alcance de las palabras: que originalmente pertenecieron a Cristo. Cristo, ejemplo supremo de fe. Aliento para nuestra fe a partir de esto.

Estas palabras son un desafío triunfante pronunciado por el apóstol en nombre de todos los elegidos, pues así comienza en el versículo 33 anterior: “¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Es Dios quien justifica”. Y luego siguen estas palabras: “¿Quién condenará?”; es decir, a los elegidos de Dios. “Es Cristo quien murió...”. Este desafío lo encontramos publicado por primera vez por el mismo Jesucristo, nuestro único campeón (un capítulo hecho para Cristo y de él). “Está cerca el que me justifica; ¿quién contendrá conmigo?” (Is. 50:8).

Estas fueron las palabras de Cristo allí sobre la justificación de Dios: y estas son las palabras de cada creyente aquí, destinadas a la justificación de Dios. Cristo es traído allí pronunciándolas como estando en el tribunal del sumo sacerdote cuando lo escupieron y lo abofetearon (Is. 50:4-5).

Isaías 50:4-5 El Señor Dios me ha dado lengua de discípulo, para que Yo sepa sostener con una palabra al fatigado. Mañana tras mañana *me* despierta, despierta mi oído para escuchar como los discípulos. El Señor Dios me ha abierto el oído; y no fui desobediente, ni me volví atrás.

Cuando fue condenado por Pilato, entonces ejerció esta fe en Dios su Padre: “Está cerca el que me justifica”. Y así como en esa condena se puso en nuestro lugar, en esta esperanza de su justificación habla también en nuestro lugar y como representándonos en ambos. Y sobre esto el apóstol pronuncia aquí, en palabras similares, acerca de todos los elegidos: “Es Dios quien justifica; ¿quién acusará? Cristo fue condenado, sí, ha muerto; ¿quién, pues, condenará?”. He aquí la comunión que tenemos con Cristo en su muerte y condenación, sí, en su misma fe. Si él confió en Dios, nosotros también podemos hacerlo, y seremos liberados con la misma certeza.

a. Cristo, ejemplo de fe

Cristo vivió por fe al igual que nosotros. En Juan 1:16, se dice que recibimos de su plenitud gracia por gracia; es decir, una gracia que responde y es semejante a la suya, y así (entre otras) la fe.

i. Tenía fe para su propia justificación

Explicación: En primer lugar, en cierto sentido, él tenía una fe para la justificación semejante a la nuestra, aunque no una justificación por la fe, como la tenemos nosotros. En efecto, no salió de sí mismo para confiar en otro para la justicia, pues tenía suficiente con la suya propia (siendo él “el Señor nuestra justicia”); sin embargo, él creyó en Dios para que lo justificara, y recurrió a Dios para su justificación: “Está cerca” (dice) “el que me justifica”.

Si se hubiera presentado en su propia persona solamente, y sobre su propio fundamento, no habría habido ocasión para tal discurso, y, sin embargo, considerando la forma como se presentó en nuestro lugar, lo hubo, porque ¿qué necesidad de tal justificación, si no hubiera estado de alguna manera cerca de una condenación? Por lo tanto, hay que suponer que aquí (en Isaías) está ante el tribunal de Dios, así como ante el de Pilato, con todos nuestros pecados sobre él. Y así, el mismo profeta nos dice: “Dios hizo que las iniquidades de nosotros cayeran sobre él” (Is. 53:6).

Ahora fue hecho pecado y maldición, y no corría el peligro de la condena de Pilato solamente, sino también de la de Dios, a menos que lo satisficiera por todos esos pecados. Y cuando la ira de Dios, debido al pecado, se abatió sobre él, su fe fue puesta en él para confiar y esperar en él para su justificación, para quitarle todos esos pecados, junto con su ira, y reconocerse satisfecho y absuelto.

Por lo tanto, en el Salmo 22 (que fue hecho para Cristo cuando colgaba en la cruz, y habla de cómo su corazón fue tomado en ese tiempo), es traído como poniendo una fe como la que aquí hablamos, cuando llamó a Dios su Dios: “¡Dios mío!

Dios mío”. Luego, cuando, en cuanto a su sentido, lo había abandonado, dice “¿Por qué me has abandonado?” Sí, ayudó a su fe con la fe de los antepasados, a quienes, por su confianza en él, Dios había librado: “Nuestros padres”, dice, “confiaron en ti; confiaron, y tú los libraste”. Sí, en el versículo 6, lo encontramos poniéndose a los pies de Dios, más abajo de lo que jamás lo hizo ningún hombre. “Soy un gusano”, dice (que todo hombre pisa, y lo consideran como algo indigno de matar) “y no un hombre”, como sigue. Y todo esto, debido a que llevó nuestros pecados.

Ahora bien, su liberación y justificación de todos ellos, que se le daría en su resurrección, era el asunto, el negocio por el que confiaba en Dios, incluso para que resucitara y fuera absuelto de ellos. Así, el Salmo 16 (un salmo hecho también para Cristo, cuando debía sufrir y yacer en la tumba), versículo 8-10, dice: “El Señor está a mi derecha, no seré conmovido: Por eso mi corazón se alegra, mi carne también descansa en la esperanza”, o, como en el original: “habita en la seguridad confiada”. “No dejarás mi alma en el infierno”; es decir, bajo la carga de estos pecados, y tu ira puesta sobre mí por ellos; “ni permitirás que tu santo (en mi cuerpo) vea la corrupción”. Esto es en sustancia todo uno con lo que se dice aquí en esta única frase: “Está cerca el que me justifica”, porque la resurrección de Cristo fue una justificación de él, como mostraré más adelante.

ii. No ejerció la fe solo para sí mismo

En segundo lugar, no ejerció la fe solo para sí mismo, sino también para nosotros, y eso más de lo que cualquiera de nosotros está obligado a ejercer para sí mismo, porque, al morir y vaciarse de sí mismo, confió a Dios el mérito de todos sus

sufrimientos de antemano, habiendo muchos miles de almas que se salvarían por ello mucho tiempo después, incluso hasta el fin del mundo.

Murió y confió todo ese acervo en las manos de su Padre, para que lo repartiera en gracia y gloria, según lo necesitaran aquellos por quienes murió. Y esta es la confianza más grande (considerando el número infinito de sus elegidos, que entonces estaban por venir) que la que cualquier hombre tiene ocasión de hacer por sí mismo. Dios confió en Cristo antes de que viniera al mundo, y salvó a muchos millones de judíos con su sola Palabra.

Y luego Cristo, al morir, vuelve a confiar en Dios tanto para la salvación de los judíos como la de los gentiles que habían de creer después de su muerte. En Hebreos 2:12-15, se argumenta que Cristo fue un hombre como nosotros, porque fue puesto a vivir por la fe como nosotros (cosa que los ángeles no hacen), y para ello, el apóstol trae estas palabras profetizadas de él, como dichas por él mismo: “pondré mi confianza en él”, como una prueba de que fue un hombre como nosotros.

Hebreos 2:12–15 Cuando dice: «Anunciaré Tu nombre a Mis hermanos, en medio de la congregación te cantaré himnos». Otra vez: «Yo en Él confiaré». Y otra vez: “Aquí estoy, Yo y los hijos que Dios me ha dado». Así que, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, también Jesús participó de lo mismo, para anular mediante la muerte el poder de aquel que tenía el poder de la muerte, es decir, el diablo, y librar a los que por el temor a la muerte, estaban sujetos a esclavitud durante toda la vida.

Ahora bien, ¿para qué confió en Dios? Por el contexto parece ser esto, que él sería la salvación de sus “hermanos” e “hijos”, y

que tendría “una descendencia y una generación que le sirviera”, y levantaría una iglesia para que Dios lo exaltara. Porque esta es su confianza, y el resultado de sus sufrimientos, en el anticipado Salmo 22, desde el versículo 22 hasta el final.

Salmo 22:22–31 Hablaré de Tu nombre a mis hermanos; En medio de la congregación te alabaré. Los que temen al Señor, alábenlo; descendencia toda de Jacob, glorifiquenlo, Témanlo, descendencia toda de Israel. Porque ÉL no ha despreciado ni aborrecido la aflicción del angustiado, ni le ha escondido Su rostro; sino que cuando clamó al Señor, *lo* escuchó. De Ti *viene* mi alabanza en la gran congregación; mis votos cumpliré delante de los que le temen.

Los pobres comerán y se saciarán; Los que buscan al Señor, lo alabarán. ¡Viva para siempre el corazón de ustedes! Todos los términos de la tierra se acordarán y se volverán al Señor, Y todas las familias de las naciones adorarán delante de Ti. Porque del Señor es el reino, y ÉL gobierna las naciones. Todos los grandes de la tierra comerán y adorarán; Se postrarán ante ÉL todos los que descienden al polvo, aun aquel que no puede conservar viva su alma.

La posteridad le servirá; *esto* se dirá del Señor hasta la generación *venida*. Vendrán y anunciarán Su justicia; a un pueblo por nacer, *anunciarán* que ÉL ha hecho *esto*.

b. Aplicación: El mayor estímulo para creer

Uso práctico: ¡Cómo debería la consideración de estas cosas impulsarnos a la fe, y alentarnos en ella, y elevar nuestros corazones por encima de todas las dudas y retracciones del espíritu en la fe! Porque en este ejemplo de Cristo tenemos el más alto ejemplo de fe que jamás haya existido.

Él confió en Dios (como hemos visto) para sí mismo y para muchos miles más, incluso en lugar de todos sus elegidos, ¿y no tienes tú el corazón para confiar en él por una pobre alma? Sí, Cristo confió en Dios con su único vínculo, pero nosotros, para nuestra seguridad, tenemos a Cristo y a Dios vinculados a nosotros, incluso a Dios con su fiador, Cristo (porque él es el fiador de Dios así como el nuestro). Teniendo un doble vínculo de estas dos personas, ¿quién no estaría seguro así? Si Dios Padre y Dios Hijo se confían mutuamente para nuestra salvación, ¿a quién no induciría a confiar en ambos para la propia salvación, mientras que, de lo contrario, se condenarían los que no lo hicieran?

i. Dejen todo lo que tienen

Este ejemplo de Cristo puede enseñarnos e incitarnos a creer, porque, ¿acaso Cristo no dejó toda su gloria, se vació a sí mismo y quedó sin valor para hacer un acto de entrega de todo lo que tenía en las manos de su Padre, y esto en una pura confianza de que Dios “justificaría a muchos por medio de él” (como se dice en Isaías 53)? ¿Y acaso no debemos dejar todo lo que tenemos y desprendernos de lo que nos es querido de antemano, con la misma sumisión, en la dependencia y la esperanza de ser justificados por él?

ii. “El mayor pecador de la historia” confió en Dios

Además, esto nos puede animar a creer, especialmente ante lo grande de nuestros pecados. ¿Tienes la culpa de innumerables transgresiones que te desaniman a confiar en él? Considera solamente lo que Cristo tuvo, aunque no sea de suyo propio.

Cristo fue hecho (como Lutero audazmente, en este sentido que hablamos de él, dijo) el mayor pecador que jamás hubo; es decir, por imputación, pues los pecados de todos los elegidos de Dios se reunieron en él.

Sin embargo, confió en Dios para ser justificado de todos ellos, y para ser levantado de la ira debida a ellos. ¡Ay! Tú no eres más que un pobre pecador, y tu fe no tiene más que una carga ligera y pequeña; es decir, tus propios pecados, que para esta suma que él asumió no son más que una pequeña fracción para un número infinito: “Dios cargó sobre él las iniquidades de todos nosotros”. Cristo confió en Dios para su propia absolución de los pecados de todo el mundo, y cuando eso le fue concedido, volvió a confiar en él para absolver al mundo por su satisfacción.

Pero tú dirás: Cristo era Cristo, uno unido personalmente a Dios, y así sabía que podía satisfacerlo, pero yo soy un hombre pecador. Bien, pero si crees y eres uno de los que son uno con Cristo, entonces Cristo habla estas palabras en nombre tanto de sí mismo como de sus elegidos —como se ha mostrado—, y tienes el mismo fundamento para pronunciarlas que él tenía, y todo lo que le animó a él puede envalentonarte, porque él estuvo en tu lugar.

Solo tus pecados y los de los demás le pusieron en peligro de condenación, y ya ves cuál era su confianza de antemano, que Dios le justificaría de todos ellos. Y si hubiera dejado alguno de ellos sin satisfacer, no habría sido justificado, y, además, al cumplir su propia parte asumida por él, cumplió también la tuya, y así, al ser él justificado, lo fuiste tú también.

Por consiguiente, su confianza puede ser ahora la tuya, solo que la suya estaba en él y era de él mismo, pero la tuya debe estar en él [y no en ti]. Sin embargo, en razón de tu comunión